

La ocasión perdida del Recoletos

El teatro Recoletos, debidamente dividido en lotes, troceado sobre el papel judicial cuando aún está entero para cumplir su destino, va a morir —a menos que haya «alguien» detrás del desbarajuste, dispuesto a soldar nuevamente los pedazos— cuando iba a encarrilarse, después de tanta divagación, por el camino que, probablemente, le hubiera salvado. Me refiero a ése de convertirse en el «tercer teatro», en el domicilio del hasta ahora entelequial Teatro Nacional de Cámara y Ensayo. Aun cuando la impaciencia de los acreedores permite sospechar que este proyecto, que se daba como definitivo a finales de la temporada anterior, debía de ser bastante problemático, quizá porque Carmen Troitiño y Manuel Benítez, los directores del teatro y deudores demandados, no eran más que subarrendatarios, sin derecho por tanto a nuevo subarriendo, y sin más pertenencias en el teatro que esos trozos que ahora se bastaban.

Pero no es ése el tema de mi comentario, aunque no esté de más, a la hora de anotar el cierre del teatro, saber que las bases contractuales de su existencia lo priveban de la flexibilidad mercantil que hubiera podido facilitar el cambio de titulares. El Recoletos nació, a menos que exista ese «alguien» de quien hablaba, para triunfar o hundirse con Carmen Troitiño y Manuel Benítez, a pesar de que estos directores, desde hace bastante tiempo, se han visto obligados a descargar su responsabilidad artística en terceras personas a cambio de unos «mínimos» económicos que cubriesen los gastos imprescindibles.

Yo creo que esta fórmula, defendida con abnegada tenacidad para salvar el teatro, mal menor para lo irremediable, ha sido la que ha provocado la muerte, sin gloria, del Recoletos. Durante toda esta larga y última etapa han actuado compañías heterogéneas, sin crear jamás el estilo que a un teatro tan particular como el Recoletos convenía.

Aceptemos que la mayor parte de los teatros madrileños —especialmente, los de menos asistencia— acusan esa misma heterogeneidad y falta de estilo. Pero no es lo mismo que esto suceda, en última instancia, en un teatro grande que en un teatro pequeño. Las recaudaciones de sábados y domingos, de las que, prácticamente, viven tantos teatros grandes, no bastaban en el Recoletos. Frente a un teatro dirigido, en general, al «público teatral español», el Recoletos debía plantearse la necesidad de dirigirse a un sector determinado del mismo, con el que contar a lo largo de la semana.

La verdad es que el Recoletos, durante su primera etapa, antes de caer en la obligada debácle, sí tuvo un estilo. Se pensó que el emplazamiento del teatro, la comodidad de las butacas y su aire intimista de salón, lo harían propicio para ganarse a ese «público de sombreros» que, al decir de tantos empresarios, es el que gobierna y financia la vida teatral madrileña. El Recoletos sería como una prolongación plácida y literaria de las breves tertulias de media tarde, a cargo de señoras maduras, en las mejores cafeterías de Goya o Serrano. El Recoletos buscó una primera significación y valor de su intimidad, ofreciéndola a un público distinguido, que podría encontrarse allí como en su casa.

Esta línea se mantuvo durante algún tiempo. Pero, sorprendentemente, no aparecían —aparte de aquel «Príncipe durmiente», de Rattigan— ninguno de esos títulos que, infaliblemente, interesan al público de las tertulias de media tarde. Ni Clossas, o Conchitas Montes, u otros actores favoritos de ese público, trabajaron en el Recoletos, donde había buenos y caros intérpretes, pero rarísima vez una de esas figuras —me refiero a la primera etapa, la de las compañías titulares— que tiran de los «sombreros» con cualquier obra apenas discreta. El número de butacas era la causa lógica de la ausencia de títulos y actores que llenan teatros grandes.

Hay que preguntarse qué hubiera sucedido si el Recoletos, cuando empezaba y aún tenía cuerda por delante, hubiese jugado la carta del teatro intelectualmente audaz. Si «Fuera de noche», de Escobar, hubiese sido la concesión en lugar de la obra «más fuerte» de la temporada. Los bajos gastos del Recoletos y la novedad de «los teatros de bolsillo» en Madrid, posiblemente habrían permitido reagrupar las fuerzas que andan dispersas por la escena española. Desde el Recoletos se debió intentar, sin mucha prisa, concediéndose un margen, lo que en otras ocasiones ha fallado por breve y precipitado. Aquél era el sitio exacto para profesionalizar y enriquecer, hasta donde lo permitiesen las circunstancias, todo el inconformismo teatral español.

Es posible que me equivoque, pero la muerte del Recoletos es prueba incontestable de que erró su función.

JOSE MONLEON

LA IGLESIA SE ABRE AL MUNDO

DOS acontecimientos religiosos se señalan en estos últimos días por su importancia y significación.

Uno de ellos —de carácter internacional— ha sido la publicación de la encíclica de Pablo VI «Ecclesiam Suam». El otro —de ámbito nacional— es la consagración de don Mauro Rubio para obispo de Salamanca y gran canciller de la Universidad Pontificia de esa ciudad.

La encíclica se propone como finalidad abrir la Iglesia al mundo. Todos los Papas tienen por costumbre escribir un documento religioso que inaugure su Pontificado. Pablo VI todavía no lo había hecho. Y ahora se ha decidido a ello.

El motivo que le frenó fue su deseo de respetar las discusiones y declaraciones del Concilio. Pero el tiempo pasaba, y faltaba una declaración básica que nos mostrara el pensamiento motor de este nuevo Papa. Ahora lo expresa con la misma delicadeza con que actuó durante las sesiones del Concilio: respetando totalmente a los Padres Conciliares, a su libertad y orientación.

Por eso a algunos les parecerá esta encíclica poco concreta; porque casi se limita a anunciar una serie de principios que no son doctrinales, sino pastorales; dirigidos, por tanto, a la acción.

No obstante, varias son las cosas que llaman la atención de este bello documento. En primer lugar su delicadeza y respeto, como decía, hacia los obispos que están reunidos en Concilio; y no sólo a ellos, sino lo que es más importante, al pueblo fiel y al mundo de hoy (católico o no). El Papa abre el diálogo de la Iglesia con el mundo; y además presenta con valentía una imagen más completa de la misma, haciendo consistir su esencia en un diálogo perpetuo de Dios con el hombre, de los fieles con la Jerarquía, y de toda la comunidad creyente con el mundo. Diálogo amistoso, familiar, comprensivo y sin autoritarismos. Dios respeta la libertad de los hombres, y la Iglesia también. La religión es algo íntimo que no puede ser coaccionado por nadie. Para convertir no hay más que un solo camino: «la persuasión», «la conversación», «el respeto»; y un solo clima: «la libertad personal y civil».

Todo ello supone una Iglesia abierta a las miradas de todos. Una Iglesia consiente de sí misma; y, por lo mismo, en perpetuo movimiento de renovación.

El Papa lo dice claramente para que nadie se asuste. Prevé el Santo Padre una rectificación de defectos y abusos que sin duda existen, pero devolverla cada vez más la figura que Cristo quiso para ella: llena de sencillez, de pobreza material y humana y confiando solamente en el espíritu y en el poder de Dios.

En particular alude el Pontífice a la legislación de la Iglesia. Esas leyes que en buena parte se han quedado anticuadas y resultan impropias en el mundo de hoy. ¿Cómo puede coexistir el anacrónico índice de libros prohibidos, con la afirmación del Papa de «el reino del pensamiento que debería ser autónomo y libre»? ¿Qué sentido tiene la actual estructura de los tribunales eclesiales, organizados al modo humano, con sus pruebas, informes técnicos, acusación, defensa y consiguiente condenación o juicio de culpabilidad? ¿Cómo se compagina esto con que la autoridad debe estar «impregnada de la conciencia de ser servicio y ministerio de verdad y de caridad»? Tenemos que renovar la Iglesia para conseguir educar a los cristianos en una nueva madurez, y hacer de ellos «hombres sensatos, hombres libres, hombres serenos y valientes»; y que las normas eclesiales estén de acuerdo con «la confianza concedida a la libertad del cristiano de hoy».

* * *

El segundo acontecimiento, paralelo a éste, ha sido la consagración de don Mauro Rubio en Salamanca, como nuevo obispo de la diócesis.

Su nombre no es conocido más que en los ambientes de Acción Católica y en el ámbito eclesial; pero no por eso debe escapar a la gente en general el significado de su nombramiento. Yo le conocí durante nuestra guerra civil y desde esa época descoló por su afán apostólico, y su desprendimiento en circunstancias bien difíciles y peligrosas; pues le tocó vivir en zona roja. Después estudió filosofía, y antes de terminar la carrera entró en el Seminario de Madrid, completando más tarde sus estudios teológicos en Roma. Trabajó durante tres años de párroco en un pobrísimo pueblo de la sierra y después actuó como consiliario de la juventud de Acción Católica.

Es un hombre maduro, conocedor de la cultura y de los hombres de hoy, con amigos en todos los ambientes; preocupado por el acercamiento de la Iglesia al mundo actual y a sus problemas. No podría, quizá, describirse mejor lo que es, sino diciendo que toda su vida ha sido una encarnación viva de la encíclica «Ecclesiam Suam»: ha respetado a todos, ha comprendido a todos, y no ha perdido por ello firmeza su fe, sino que la ha aumentado.

Don Mauro ha sido el «pionero» del Apostolado Seglar en España. Quien más y mejor ha ayudado a la promoción de apóstoles seglares conscientes y con fuerte personalidad. En una palabra: ha sido un sacerdote que nunca ha caído en la tentación del clericalismo. Y eso no lo podemos ni lo debemos olvidar los católicos españoles. Hemos de saber que ahí tenemos un obispo que ha vivido nuestra vida, nuestra cultura y nuestros problemas con el máximo respeto a nuestra condición de seglares activos dentro de la Iglesia. El ha fomentado y educado a un conjunto de laicos que recordarán siempre su labor sacerdotal serena y equilibrada, y no por eso menos valiente y arriesgada, permaneciendo siempre en su sitio. Quizá más importante, incluso, que su labor directa con los seglares, ha sido su trabajo con los sacerdotes que habían de estar en contacto con ellos. El ha preparado clérigos que han sabido encarnar sus ideas de respeto y promoción seglar en su trato con los apóstoles de la Acción Católica. Y él ha sido quien ha dado una nueva faz a este movimiento apostólico tan querido del Papa actual.

Los métodos activos de formación, que son instrumento nuevo y más eficaz de apostolado, han sido introducidos por él y han producido una nueva Acción Católica, con hombres y mujeres «sufanos de su dignidad personal y de su sana libertad» (Pío XII).

El discurso que pronunció en la bella Plaza Mayor de Salamanca, creo que no podrá olvidarse nunca. Su llamamiento a la colaboración de los seglares, su independencia del poder y de la sabiduría de este mundo, le harán un obispo al mismo tiempo humano y de Dios.

Sus primeras palabras fueron de comprensión y cariño hacia la juventud y hacia los pobres y necesitados. No con frase halagadora y literaria, sino con expresión de amor, nacida del corazón.

Por eso los seglares españoles confiamos en este nuevo obispo que va a la ciudad de nuestros insobornables pensadores del siglo XVI, Vitoria y Soto, comprometidos intelectualmente en los problemas de su tiempo y llenos de cristiano humanismo.

E. M. M.